

Estudios generales

EL FUTURO DE LA INVESTIGACION EDUCATIVA

Alfred YATES *

En la mayoría de los países europeos el desarrollo de la investigación educativa ha pasado por tres fases distintas. La primera de ellas, que cubre la primera mitad de siglo, incluye los esfuerzos solitarios y en gran parte no subvencionados de unos cuantos pioneros individualmente. Su trabajo tuvo bien poco impacto en aquellos que eran responsables de llevar los asuntos relacionados con la educación. Los informes de sus encuestas y experimentos aparecían en periódicos cultos y eran inaccesibles, o por lo menos recibían escasa atención por parte de los que elaboraban la política a seguir, los administradores y los profesores. No obstante, sentaron las bases de las estructuras más elaboradas que empezaron a hacer su aparición hacia finales de los años cincuenta. Diseñaron técnicas para el estudio sistemático de los problemas y resultados educativos y demostraron que la información, derivada de la investigación empírica, era de un valor potencial para todos aquellos relacionados, a cualquier nivel, con la elección de decisiones en opciones y de asuntos educacionales.

La segunda fase fue de rápido desarrollo. El índice y alcance de este desarrollo ha variado, desde luego, un poco de un país a otro pero, en general, durante las dos pasadas décadas, puede decirse que la investigación educativa ha recibido la bendición oficial en casi todos los puntos de Europa. Las instituciones responsables de la organización y realización de investigaciones empíricas, en problemas educativos, se han asentado en la mayoría de los países y han recibido cantidades considerables de apoyo financiero público, habiendo sido capaces de sostener un variado programa de actividades. Una de las características de esta segunda fase de desarrollo de la investigación educativa fue un grado excesivo de optimismo en relación con la contribución que pudiera aportar la investigación a la solución de problemas con los que se encuentra el práctico de la educación. Una suposición anterior se transformó en una confiada esperanza de que la investigación proporcionaría pronto la contestación definitiva a todas esas difíciles preguntas.

* Director de la «National Foundation for Educational Research in England and Wales» (Londres).

De un modo casi inevitable, ha venido a continuación una tercera fase, en la cual hay señales de una creciente desilusión en torno al resultado de la investigación. Esta situación bien pudiera ser un sano correctivo a aquella noción equivocada, según la cual la investigación podía representar una panacea para todos los males de la educación y llevar a una visión equilibrada de su naturaleza y de sus posibilidades, reconociendo a la vez sus valores y sus limitaciones. Por otro lado, una reacción excesiva podría tener efectos perjudiciales sobre los proyectos futuros de investigación educativa.

El desarrollo, tal como lo he apuntado, de la relación entre los investigadores y aquellos que pudieran describirse como los clientes de su producto es manifiestamente análoga al progreso de un matrimonio. Existe primero un período de galanteo, durante el cual el objeto del interés puede responder poco o nada a la solicitud de su galanteador. La segunda fase corresponde al período de la luna de miel, durante la cual las relaciones se caracterizan por sentimientos románticos o fantasías. La prueba crucial del matrimonio tiene lugar cuando se enfrentan con la realidad, cuando ha de reconocerse que la pareja es menos perfecta, y es cuando hay que acomodar hábitos y modos de vida con el fin de ir al encuentro de las demandas que impone la necesidad de compartir un hogar y criar una familia.

El futuro de la investigación educativa dependerá del punto hasta el cual los dos componentes de la pareja en la empresa —el investigador por un lado, el práctico de la educación por el otro— puedan desarrollar unas relaciones armoniosas y beneficiosas.

En el pasado estas relaciones se han visto demasiado a menudo frustradas por malentendidos, mutua suspicacia y recriminación. Al tratar de encontrar las razones de ese malestar se ha reconocido que una de ellas ha sido el fracaso en el establecimiento de una comunicación real. Este diagnóstico ha tratado de dar énfasis a la inadecuada difusión de los resultados de la investigación. Nunca se había sugerido que los investigadores no hagan esfuerzos descomunales para publicar los resultados de su trabajo. De hecho, sería muy difícil disuadirles de precipitarse a imprimir tan pronto —y a veces antes— como tengan algún descubrimiento positivo que informar. Lo que se ha reprochado a los investigadores, sin embargo, es que, aunque producen muchos libros y artículos en revistas, éstos suelen estar bajo forma nada atractiva o edificante para aquellos de los que se espera que utilicen los descubrimientos para determinar las políticas y las prácticas de la educación. Recientemente se ha prestado una considerable atención a la necesidad de presentar la información conseguida por la investigación, de modo que permita a los administradores y profesores asimilarla y utilizarla. Debe darse énfasis también al hecho de que el proceso de difusión se hace todavía más eficaz si los propios consumidores hacen un esfuerzo para estar al corriente de los propósitos y métodos de la investigación educativa. Si los investigadores aprenden a comunicar con gran claridad y los prácticos de la educación se vuelven más receptivos, el problema de proporcionar una difusión adecuada será más fácil de solucionar.

Sin embargo, ahora queda claro que considerar a la defectuosa o inadecuada difusión como la primera causa de la falta de relaciones entre investigadores y prácticos proporciona un diagnóstico incompleto del malestar que ha afectado a estas relaciones. Lo cierto es que aprovechando la percepción «a posteriori» es posible reconocer una ligera complacencia —incluso de

arrogancia en esta suposición. Lo que se ha dado por descontado, al ofrecer esta solución al problema, ha sido que los investigadores son competentes para seleccionar los problemas que se volverán los temas de su investigación y que con tal que puedan comunicar sus descubrimientos de un modo satisfactorio, todo irá bien. Ahora podemos reconocer que esta exclusiva preocupación por el problema de la difusión ignoraba la importancia vital de la comunicación en el sentido inverso. Si se escriben cartas y uno se asegura que éstas son leídas, no significa mantener correspondencia. Dicho con claridad, si la investigación ha de ocuparse de los problemas con los que tropiezan los administradores y los profesores, debemos asegurarnos de que sus voces serán escuchadas. Por lo tanto, se está reconociendo que la selección de las áreas apropiadas de investigación y de los programas y proyectos dentro de ellas debe ser prerrogativa de aquellos que están en contacto diario con los problemas que piden soluciones. Creo que la mayoría de los investigadores compartirán este punto de vista. Desde luego, deben darse facilidades para una cierta cantidad de investigación básica o fundamental a la que impulsa la curiosidad intelectual y la necesidad de una mayor comprensión de los acontecimientos y procesos educativos. Aquellos que están metidos en esta clase de investigación tienen el derecho incuestionable de estar libres de cualquier tipo de dirección o interferencia. Es, evidentemente, absurdo que cualquiera vaya a decir a una persona que lleva a cabo investigación fundamental que tiene que centrar su atención en este u otro conjunto de fenómenos. Esto sería tanto como decir que sabemos mejor lo que esa persona pueda encontrar intrigando o exigiendo. En todos los campos del conocimiento humano la libertad de los investigadores para seguir la verdad en cualquier sitio donde se insinúe a ellos ha resultado a la larga muy provechoso, aun cuando esto se mida en términos de su eventual aplicación a la solución de problemas prácticos y en el mejoramiento de la humanidad. Por lo tanto, no estoy sugiriendo que los prácticos o cualquier otra persona deban ser invitados o incluso animados a comunicarse con aquellos que están emprendiendo investigación básica. Debe de garantizárseles paz y privacidad en sus torres de marfil.

Sin embargo, la mayoría de los investigadores se ocupan de las tareas más inmediatas de investigar problemas que se presentan en un trabajo diario. La mayoría de ellos, creo, aunque deseen un mínimo de libertad para dedicarse a ese tipo de investigación que ellos disfrutan y consideran como importante, agradecerán, en su mayoría, una situación en la cual estén virtualmente comprometidos para efectuar investigaciones para y por encargo de los responsables de las decisiones y elecciones y pueden, por lo tanto, identificar las clases de prueba que mejor puedan servir a sus propósitos.

Se ha progresado mucho en esta dirección. Para ilustrar estas tendencias me referiré principalmente a los desarrollos en mi propio país, pero debo indicar que es evidente que cambios similares se están produciendo en otros puntos de Europa. En el Reino Unido los contactos entre los investigadores y los prácticos se han vuelto, en los últimos años, más frecuentes y sistemáticos y ahora existe una corriente uniforme de información sobre las necesidades, en términos de prioridad en la investigación, por parte de los responsables de las decisiones y de las políticas. Un desarrollo importante en ese aspecto es el cambio de actitud y de postura que se manifiesta ahora entre los principales patrocinadores de la investigación.

El Departamento de Educación y Ciencia facilita créditos para afirmar esa tendencia. Hasta 1970 el Departamento ha desempeñado un papel muy pasivo, respondiendo a las solicitudes de fondos para la investigación que le sometían varias organizaciones. En ese año el secretario de Estado anunció públicamente que el Departamento ya no actuaría como patrocinador de la investigación, proporcionando ayuda financiera para esos propósitos a las solicitudes que le presentasen investigadores individualmente o institutos de investigación, aunque parecieran bien enfocadas e intrínsecamente válidas, sino que reservaría su ayuda para aquellas solicitudes que fueran interesantes para los problemas de la política del Departamento. Siguió un período, que fue algo frustrante para los investigadores, porque no conseguían saber cuáles eran exactamente estos problemas de política. Los solicitantes para la concesión de fondos para la investigación debían hacer conjeturas sobre los temas que tendrían buena acogida y a menudo sus oposiciones resultaron inexactas.

Ahora existen señales —en ciertos casos claras demostraciones— de que el Departamento está preparado, muy bien según mi opinión, a tomar iniciativas, identificar áreas de investigación que deben fomentarse y tomar medidas positivas para asegurar que se lleve a cabo el trabajo apropiado en esos campos. Un ejemplo de esta nueva perspectiva se produjo hace unos pocos años cuando el Departamento resolvió conceder alta prioridad al desarrollo de la enseñanza preescolar. Se formó un Comité de Dirección para diseñar un programa de investigación en varios aspectos de la educación preescolar. El primer paso fue el de delimitar el territorio; se encomendó a la Inspección la tarea de recoger información sobre investigaciones recientes o en marcha en este campo y de ese modo identificar el tipo de nuevas investigaciones que se necesitaban en ese sector para conseguir un conocimiento y percepción relevantes. El Comité, en el cual estaban representados maestros, administradores, miembros de la comunidad de investigación y otras organizaciones patrocinadoras, estableció entonces un programa completo de investigación e invitó a las personas y a las organizaciones apropiadas a llevar a cabo las investigaciones que se necesitaban. Existe la evidencia de que el Departamento se propone adoptar un procedimiento similar para organizar programas de investigación en relación con otras áreas. Esa planificación sistemática de la actividad de investigación, dando énfasis a lo oportuno y a lo importante, sólo servirá para aumentar la contribución que la investigación puede aportar al progreso educativo.

El camino abierto por el Departamento de Educación y Ciencia ha sido adoptado por otras organizaciones patrocinadoras. No son sólo los principales patrocinadores nacionales los que están animando el diálogo entre investigadores y prácticos con el fin de estimular la promoción de relevantes programas de investigación. Las autoridades educativas locales han contratado oficiales de enlace para que ayuden en el proceso de comunicación en ambos sentidos, entre ellos y las organizaciones, tales como la National Foundation for Educational Research. Los enseñantes también hacen oír sus voces a través de sus asociaciones que desempeñan un papel activo en la Junta Administrativa de la Fundación y ayudan a determinar su política y programa de actividades. He argumentado hasta ahora que para que la contribución de la investigación sea máxima y que para que se asegure su futuro es esencial que haya una comunicación real entre los investigadores

y los prácticos y he indicado modos mediante los que esta comunicación puede ser y está siendo experimentada. Durante el curso de esta discusión probablemente se ha visto que una solución mucho más radical es, a la vez, posible y deseable, y lo cierto es que la presión de los acontecimientos está forzando su paso. He expuesto hasta ahora los dos grupos como relativamente aislados y he considerado medios mediante los que pueden conversar entre sí con más eficacia. El paso siguiente, que hemos empezado a recorrer de un modo algo vacilante, es el de borrar la distinción entre los dos, tratar de que se entremezclen y entonces contribuir a que trabajen en colaboración.

Ha habido una tendencia de desarrollo uniforme que se ha intensificado en los últimos años, que contempla y trata la investigación no ya como una labor llevada a cabo por especialistas por orden de sus clientes, sino más bien como una empresa común. Es difícil identificar el origen de este desarrollo, pero en lo que respecta a nuestra Fundación se ha hecho más patente, como podía esperarse, durante el curso de nuestra investigación en los aspectos de la educación preescolar. Los niños de los jardines de infancia no se prestan a contestar amablemente a cuestionarios o a efectuar tests y, por ello, algunas de las técnicas tradicionales de investigación no pueden utilizarse para estudiar sus progresos. Lo cierto es que pronto se hizo patente, al efectuar cualquier tipo de investigación en los jardines de infancia, que era solamente trabajando con y a través del maestro, por decirlo así como puede llevarse a feliz término cualquier trabajo. Esta fue la política adoptada en nuestros estudios iniciales, que estaban relacionados con el desarrollo y evaluación de materiales y prácticas, que trataban de cubrir las necesidades de niños relativamente desventajados. Desde el principio ésta fue una empresa común del personal del proyecto y los profesores interesados. Los programas que se introdujeron fueron elaborados en colaboración y la observación y registro de las reacciones de los niños a sus experiencias y la evaluación de sus progresos estuvieron a cargo de los profesores, de conformidad con unos esquemas establecidos en consulta con los investigadores.

En este caso la estrecha colaboración fue fruto de la conveniencia, pero se ha reconocido como una estrategia eficaz y deseable por sí misma. Tiene numerosas ventajas obvias. Se ha afirmado que los mayores beneficios para la investigación educativa se derivan de los que toman parte en ella. Esto no trataba ser una observación cínica o derogatoria. Lo que la observación trataba de explicar, imagino que sería que aquellos que emprenden un estudio sistemático de cualquier problema experimentan un profundo cambio. Desarrollan un conocimiento profundo de su naturaleza y una apreciación de su complejidad que raramente adquieren los que no se han enfrentado completamente para desentrañarlo de ese modo. De forma que al persuadir a los profesores y otros de que tomen parte en la investigación, es el medio más eficaz de desarrollar su comprensión y apreciación de sus posibilidades y limitaciones que cualquier otra cantidad de difusión y discusión.

Por ejemplo, los profesores de centros de enseñanza preescolar, en el caso que he contado, siguen utilizando los procedimientos que se han diseñado para el objetivo de esta investigación, después de terminarse el proyecto y el apoyo de los investigadores, le fue retirado como consecuencia de ello. Una segunda ventaja de este sistema es que hay importantes acontecimientos y procesos educativos que solamente pueden ser estudiados de

cerca y que escapan al curso normal de los métodos de investigación convencionales. Al utilizar enseñantes como observadores participantes en los estudios trazados en colaboración con los investigadores, podemos ampliar considerablemente el alcance y significado de las investigaciones que efectuamos.

Existen ahora muchos estudios de investigación en la Fundación y en otros sitios que se basan en la estrecha colaboración con grupos de enseñantes, consejeros, inspectores y otros. La función del personal de investigación empleado en estos proyectos es la de estimular, animar y proporcionar servicios de apoyo al trabajo de esos grupos. Creo que es una tendencia que va a tomar fuerza en el futuro. Aunque siga habiendo siempre temas y problemas que serán mejor tratados por un equipo de investigación de jornada completa actuando desde su base y estableciendo contactos ocasionales con los prácticos interesados, hay muchos otros que no solamente son tratados tal como lo he descrito, sino que realmente solamente podrán ser abordados de ese modo. Creo que llegará un tiempo en que —y será próspero y beneficioso en término de la contribución que la investigación pueda aportar— las organizaciones de investigación, ya nacionales, ya regionales, servirán predominantemente como centros de recursos. La investigación será efectivamente llevada a cabo «in situ» por aquellos que estén estrechamente relacionados con los problemas sujetos a estudio. Los investigadores serán los resultados y serán los responsables de la gran difusión de los mismos. gerirán las técnicas apropiadas, ayudarán con el análisis e interpretación de los árbitros, aconsejarán sobre el diseño, suministrarán los materiales, su-

He utilizado la mayor parte del espacio que se me concede presentando las relaciones entre los investigadores y aquellos cuyos intereses tratan de servir. No me disculpo por ello, ya que, como ya dije, la más importante condición para que prospere en el futuro la investigación educativa es que estas relaciones deban quedar firmemente establecidas y fortalecidas.

Propongo ahora que nos refiramos brevemente a otras circunstancias que ayudarán a determinar el «status» de la investigación educativa en los años venideros. Inevitablemente se presenta la cuestión del apoyo financiero. Durante los veinte pasados años es demostrable que los fondos proporcionados para la investigación educativa han aumentado en una proporción considerable. Un análisis de estos fondos, sin embargo, revela que la parte del león se ha dedicado al desarrollo —más que a la investigación—, a la producción, por ejemplo, de curricula nuevos o revisados. Creo que existe un desequilibrio notable entre estas dos ocupaciones. Atrae más el desarrollo que la investigación; en esto se reconoce un sabor práctico de un aparentemente —de hecho, potencialmente inmediato— rápido reembolso. Creo, no obstante, que hemos empezado a reconocer la inadecuación del desarrollo si se le trata como actividad aislada. Ha habido un gran volumen de desarrollo —en particular relacionado con el «curriculum» de la escuela— que se ha basado en unos escasos esfuerzos interesados de sus autores. El desarrollo puede tener un sabor desagradable, ser indigesto si se toma solo: es más apetitoso y, potencialmente, más nutritivo si se consume entre dos rebanadas de investigación. La investigación se ha descrito como una base para el descubrimiento —desde luego no la única, pero quizá una de las más seguras—. La parte de desarrollo basado en la firme evidencia otorgada por una investigación relevante goza de un comienzo feliz. El desarrollo debería también venir acompañado y seguido de la investigación, de forma

que hubiese una adecuada dirección de su progreso y una valoración de sus efectos. Un clisé para una utopía educacional hará provisión de datos de investigación en marcha, ideada para aportar la información fiable en relación con la eficacia de prácticas ya existentes. Esto llevará a desarrollos emprendidos con vistas a remediar los defectos y conseguir un mejor rendimiento. La investigación siguiente será la que evalúe los nuevos desarrollos. Y así sucesivamente, no como círculo vicioso, sino como espiral ascendente.

También es vital para el futuro bienestar de la investigación educativa que los fondos que se faciliten para su ayuda no solamente sean suficientes, sino que se faciliten de un modo más uniforme y más predecible. Muchos patrocinadores restringen sus aportaciones a la financiación de proyectos específicos, que duran generalmente dos o tres años, tras los cuales no existe generalmente garantía de que el equipo de investigación o la organización a la cual pertenecen pueda sentirse con derecho a esperar cualquier otra ayuda para trabajar dentro de esta área definida. Para algunos propósitos limitados, el proyecto es perfectamente aceptable: un problema individual claramente definido podría tratarse satisfactoriamente por medio de una investigación corta, profunda, que no deje cabos sueltos cuando el trabajo es acabado para la fecha estipulada. Por otro lado, existen muchos problemas relacionados con cuestiones cruciales que solamente quedan definidos cuando se está efectuando la investigación. Conozco pocos investigadores con experiencia que no estarían cordialmente de acuerdo en que se obtendrían mayores beneficios para todos, incluyendo, desde luego, los propios patrocinadores, si la investigación se concibiera no como proyectos a corto plazo, sino más bien como programas flexibles. Un programa adecuadamente trazado y concebido incluiría generalmente varios proyectos que nacen, naturalmente, del trabajo en marcha, sino que también permite a la investigación varios giros que solamente se vuelven aparentes a medida que se avanza y que pueden proporcionar grandes beneficios. Un concepto demasiado estrecho de la investigación encargada puede privar de las ventajas de la serenidad.

También es necesario que el patrocinador de investigación reconozca que los equipos de investigadores necesitan mucho apoyo, y esto debe tomarse en cuenta al efectuar los acuerdos para los fondos. Un proyecto de investigación solamente puede emprenderse con éxito dentro de un contexto estable. No basta con reunir un equipo de investigadores por muy competentes que sean. Si se quiere que su trabajo sea fructífero necesitan la ayuda de los servicios de estadísticas y de computadoras, bibliotecas y facilidades para recuperar la información, personal administrativo y contable. Además, la dirección de un proyecto necesita de alguien que haya adquirido experiencia en la dirección de una investigación y es raras veces posible encontrar una persona con la calificación suficiente que precisamente esté disponible en el momento en que deba iniciarse el proyecto y cuyos servicios se puedan dejar en cuanto termine el proyecto. En otras palabras, la investigación patrocinada necesita no solamente hacerse dentro de una organización —un instituto de investigación o un departamento universitario, por ejemplo—, sino que también esa organización necesita el personal y recurso que puedan asegurar que cada uno y todos los proyectos sean adecuadamente tratados y apoyados. Esto trae consigo la necesidad de una distribución de fondos continua adicional. No es solamente la investigación particular la que ha de financiarse,

sino también el marco, dentro del cual debe desarrollarse, necesita ser continuamente subvencionado.

Si ha de prosperar la investigación en el futuro, también será necesario asegurarse que existe para su dirección y ejecución un adecuado equipo de personal cualificado y adiestrado. Según mi experiencia, es imposible identificar cualquier forma de curso preparatorio o nivel de cualificación que sirva para identificar a una persona que es competente para llevar a cabo una investigación compleja. Un título superior, aún basado en un ejercicio de investigación, no es, desde luego, una garantía de exactitud. Se ha demostrado que menos del 1 por 10 de los que llevan a cabo un proyecto de investigación, con el fin de conseguir el doctorado, tiene la intención o el deseo de seguir su carrera en la investigación. Hemos visto en la Fundación que los líderes de proyectos con éxito surgen como resultado de su experiencia en niveles inferiores. El descubrimiento y formación de personas que puedan hacerse cargo con éxito de la dirección de un proyecto de investigación considerable, es un proceso lento y largo. Es necesario, por lo tanto, que se reconozcan por aquellos que proporcionan el apoyo financiero para la investigación la necesidad de que ese personal sea adiestrado y formado.

Finalmente sugeriría que el futuro de la investigación educativa dependerá en gran medida del punto hasta el cual los investigadores estén preparados para adaptar sus perspectivas y métodos para ajustarse a las necesidades del cliente. Mucho esfuerzo, por su parte, fue desacreditado en el pasado, debido a que en su intento por conseguir una respectabilidad académica o por crear un marco para su propia ingenuidad, buscaban el desarrollo de diseños de investigación complejos y métodos esotéricos, aun cuando se les llamaba para tratar problemas relativamente corrientes. Hace unos años había charlas pletóricas optimistas sobre ciencias de la educación. Actualmente existen muy pocos que creen en la posibilidad de que emerjan dichas ciencias. El estudio de la educación no puede compararse con las ciencias físicas ni diseñarse de un modo apropiado basándose en los métodos que se emplean en ese campo. La educación tiene que ver con las relaciones entre individuos, entre profesores y alumnos, alumnos entre sí, etc. El enfoque de cualquier estudio de educación, por lo tanto, está en personas que poseen voluntad y espontaneidad. En ese terreno es ocioso buscarles teorías —en el sentido científico de la palabra— o establecer leyes generales. Cualquier ley o postulado dentro de la esfera de la educación es inevitablemente banal o equivocado. Sugiero que un análogo para las actividades, con las cuales la investigación debiera estar adecuadamente relacionada, puede encontrarse en el campo de los asuntos prácticos. Los ministros de Estado tienen que tomar decisiones que encierran juicios de valor. Para ayudarles en esa tarea, llaman a oficiales del gobierno no para que les ayuden a formular esos juicios, sino más bien para facilitarles la información sobre la cual puedan basarse.

Buscan la evidencia, por ejemplo, en relación con los resultados probables de estrategias diversas y tomar sus decisiones basándose en esa evidencia, junto con otras consideraciones que deben tener presente. Esto, creo yo, es el primer papel de la investigación educativa. Su tarea es la de buscar una evidencia relacionada con efectos posibles de diversas estrategias educacionales —formas de organización, tipos de «currículum», métodos de enseñanza y similar— y luego informar de sus descubrimientos a los que sean responsables de idear políticas y efectuar elecciones. Al cumplir con la tarea encomendada

necesita acudir a cualquier método probado y de confianza de investigación empírica que encuentre, sacándolo de la psicología, agricultura o de donde sea, y adaptándolo a la naturaleza del problema sujeto a estudio. Sería ser sensato, por su parte, no ser pretencioso y aceptar la naturaleza vulgar de muchas de sus actividades.